

¿Son lingüísticas la cultura y la identidad? (Notas al margen sobre el “giro social” en Didáctica de la Lengua y la Literatura)

PABLO APARICIO DURÁN

Universidad de Granada

ALBERTO MARTOS GARCÍA

Universidad de Extremadura

Recibido: 20 de junio 2020 / Aceptado: 14 de julio 2020

<http://doi.org/10.30827/portalin.v0i34.16740>

ISSN paper edition: 16977467, ISSN digital edition: 2695-8244

ABSTRACT: Since the so-called “linguistic turn” in philosophy and -in general- in all the humanities of the mid-20th century, there has been a continuous oscillation in the importance attached to the code (language “in itself”) and that attributed to its “use” (language “in context”). Thus, since the mid-1970s, there has also been talk of a “social turn”. For the teaching of language and literature, this has led to the emergence of the concept of “literate practices”: the series of social uses of language and its implications for particular individuals, such as interaction, the construction of the “self”, prestige and social mobility, etc. At the same time, the theoretical opposition between “literacy practices” vs. “cognitive processes” is directed from the “social turn” (specifically from the New Literature Studies) against the prevailing cognitivism, which focuses on the processes of abstraction and symbolic representation carried out by the psychological subject. This paper, on the contrary, tries to show how such a concept of “practice” is limited to broadening the spectrum of the linguistic / cognitive debate on culture and identity, in order to include the variety of media / contexts (for example, social networks) and marginal texts (the “vernacular / digital” use of language versus the dominant / institutionalized use) and discourse (the series of beliefs, prejudices, attitudes towards one or another “form of communication”). Our intention is to show how this current wave of socially oriented studies does not take into account that which ideologically characterizes certain social relations and which, in Juan Carlos Rodríguez’s theory (2017), is called “ideological unconscious”: here, we are referring to the ideology of the “free subject”, specific to our modern (and postmodern) social relations. Like linguisticism and cognitivism, the social turn understands that the “ideological component” of communication is a contextual / external element to the “communicative subject”, something that would affect the value of such literate practices, thus making less privileged individuals feel a “prejudice” regarding their own subjective center, at the same time supposedly pure or authentic (that is de-ideologized). Our objection to this vision, then, consists in emphasizing that the ideological, as unconscious and systemic, is not something “external”, and that therefore the expression and interaction on the margins (those vernacular discursive practices) also reproduce dominant ideology, regardless of whether or not individuals accuse a certain level of institutional pressure.

Keywords: “Social turn”, new literacy studies, ideology, culture, identity.

Are Culture and Identity Linguistic Entities? (Sidenotes to the “Social Turn” in Language Teaching)

RESUMEN: Desde el llamado “giro lingüístico” en filosofía y —en general— en todas las humanidades de mediados del siglo XX, ha habido una continua oscilación en la importancia concedida al código (la lengua “en sí”) y la atribuida a su “uso” (la lengua en contexto). Así pues, desde mediados de los 70, se habla también de un “giro social”. En didáctica de la lengua y la literatura, esto ha supuesto la aparición del concepto de “prácticas letradas”: la serie de usos sociales de la lengua y sus implicaciones para los individuos particulares, como son la interacción, la construcción del “yo”, el prestigio y la movilidad social, etc. A la vez, la oposición teórica entre “prácticas letradas” vs. “procesos cognitivos” se dirige desde el “giro social” (en concreto desde los Nuevos Estudios de Literacidad) en contra del cognitivismo imperante, centrado este en los procesos de abstracción y representación simbólica por parte del sujeto psicológico. En este trabajo, sin embargo, pretendemos hacer ver cómo tal concepto de “práctica” se limita a ampliar el espectro del debate lingüístico/cognitivo sobre cultura e identidad, incluyendo en él la variedad de medios/contextos (por ejemplo, las redes sociales) su textualidad marginal (el uso “vernáculo/digital” de la lengua frente al uso dominante/institucionalizado) y el discurso (la serie de creencias, prejuicios, actitudes respecto de una u otra “forma de comunicación”). Nuestra intención es mostrar cómo esta corriente de estudios socialmente orientados no tiene en cuenta aquello mismo que caracteriza ideológicamente a unas determinadas relaciones sociales y que, en la teoría de Juan Carlos Rodríguez (2017), se denomina “inconsciente ideológico”: en concreto, nos referimos a la ideología del “sujeto libre”, propia de nuestras relaciones sociales modernas (y posmodernas). Al igual que el lingüisticismo y el cognitivismo, el giro social entiende que el “componente ideológico” de la comunicación es un elemento contextual/externo al “sujeto comunicativo”, algo que condicionaría el valor de dichas prácticas letradas, instalando así a los individuos menos privilegiados en el “prejuicio” respecto de su propio centro subjetivo, supuestamente puro o auténtico (léase, desideologizado). Nuestro matiz a esta visión, pues, consiste en resaltar que lo ideológico, en tanto que inconsciente y sistémico, no es algo “externo”, y que por lo tanto la expresión e interacción en los márgenes (las prácticas letradas vernáculas) también reproduce la ideología dominante, independientemente de que los individuos acusen o no cierto encorsetamiento institucional.

Palabras clave: “Giro social”, nuevos estudios de literacidad, ideología, cultura, identidad.

1. INTRODUCCIÓN

Que la práctica de la comunicación (oral, escrita, plástica, audiovisual o multimodal) se produce siempre dentro de aquello que llamamos “cultura” es indudable. Sin embargo, en el mundo de hoy, el concepto de cultura se está desustancializando precisamente porque la noción de identidad, tan relevante en nuestra sociedad, sufre algunos desbarajustes¹. Para la Didáctica de la Lengua y la Literatura, esta disparidad creciente entre los distintos conceptos de lo que hoy *significa* lo cultural y su incidencia en el “hecho comunicativo” ha traído aún más incertidumbre a la hora de determinar lo que ello *implica* a nivel “metodológico”

¹ La globalización, el relativismo de los “estudios culturales” (en tanto que el “giro social” también se instala en la noción de “márgenes” o “prácticas letradas” “vernáculas” o “institucionalizadas”, etc.) y la homogenización relativa al fenómeno de las “redes sociales” suponen aquí una encrucijada de problemas que pretendemos analizar en su “radical historicidad” tal como se entiende esta en la obra de Juan Carlos Rodríguez (2017) y su concepto de “inconsciente ideológico”.

(Heidari, Ketabi y Zonoobi, 2014). Cabe preguntarse, pues, por qué entre la “comunidad científica” de los últimos treinta años sí ha existido un consenso teórico tan férreo en torno a las nociones de *cultura* e *identidad* (luego respecto de lo inter/pluri-lingüístico/cultural) a pesar del lábil concepto de *aplicación didáctica*, que desde ellas se formulaba siempre como una interrelación innegable pero sin aclarar nunca qué es eso del “reflejo” mutuo entre cultura y lengua (Brown, 2000, p. 177). Digamos que, al trabajar bajo el “paradigma comunicativo” de la enseñanza/aprendizaje de lenguas extranjeras o segundas lenguas, se daba por sentado que esta se produciría naturalmente si el proceso en cuestión acontecía en un entorno comunicativo “auténtico” y “significativo” (Brown, 2000). Aquí lo significativo, digamos, consistía en enriquecer la “identidad” discente impregnándola de cultura “auténtica”. Pero el concepto de identidad, desde el “enfoque comunicativo”, se relaciona con cuestiones muy diversas, que van, desde los “intereses” o “motivaciones” (intrínsecas y extrínsecas), “necesidades”, “conocimientos previos”, etc., hasta lo “afectivo”, el “ego lingüístico” (Brown, 2000) de cada individuo; el factor de la identidad del alumno, en este sentido, es sintomático de la crisis metodológica de la enseñanza moderna (Aparicio 2018^a:124-172; Palmer 2020). Por su lado, la “autenticidad” solo puede ser entrevista en nociones como las de “naturalidad idiomática” y contacto con las costumbres de la lengua meta alejadas del prejuicio y el estereotipo, etc.) para lograr un desarrollo de la identidad del hablante. Pero, como decimos, hoy las nociones de cultura e identidad están en proceso de desustancialización debido a la saturación de nuevos problemas (y nuevos matices) surgidos a partir del estallido socioeconómico correspondiente a la coyuntura histórica que va de 2008 a esta parte: no solo de crisis económicas recurrentes y transición digital, sino a la vez, y por lo tanto, de transición ideológica hacia una noción de *sujeto* más acorde con los cambios materiales generados en el interior de las relaciones sociales (hoy, sobre todo, digitales), de lo cual el debate nociónal que a continuación expondremos es muy sintomático².

El tema, por supuesto, no es nuevo: *identidad* y *cultura* son dos nociones clave en la historia moderna de las ideas. En Europa, el periodo de entreguerras, conoció una de sus décadas prodigiosas en lo que a especulación filosófica sobre “lo humano” o “el humanismo” se refiere (Eilenberger, 2019), en concreto una filosofía preocupada por la problemática del “ser” y *su* “mundo”. Bien poniendo el acento en lo primero, como Heidegger, bien en el mundo cultural, como Cassirer o, en distintos sentidos críticos, Walter Benjamin o Hanna Arendt; pero, otros, también, como Wittgenstein, estableciendo el nexo (o, más bien, los límites) entre lo *interior* y lo *exterior* a través del concepto de “lenguaje”. Es en concreto esta última transcripción de la dicotomía “individuo/sociedad” o “identidad/cultura” a los términos lingüísticos del “hablante/mundo” lo que hará fortuna en el debate sobre lo cultural y, por ende, en la cuestión identitaria; y ello tanto a nivel explícito/teórico como a nivel implícito o discursivo en general: digamos que estas tematizaciones teóricas, dentro de su complejidad conceptual, con el tiempo y su divulgación más o menos lega (literaria, académica, periodística, etc.), calan en el “sentido común” y por tanto, puede decirse que

² Al igual que el inconsciente pulsional/libidinal solo muestra síntomas de su *realidad* en el discurso del individuo, el “inconsciente ideológico” de las relaciones sociales puede analizarse a partir de las nociones eje que muestran los distintos discursos que produce la sociedad. Que el primer inconsciente también se exprese a través de estas nociones generales es algo inevitable, ya que el lenguaje del “yo” a secas es puro caos (Rodríguez, 2015a).

*retornan*³ como presupuestos a las relaciones sociales y sus prácticas, de las que surgieron como problema inconsciente en primer lugar. Como veremos más adelante, la noción de lenguaje es tremendamente productiva en este sentido, pues la ideología que rige en nuestras relaciones sociales modernas, es decir, en nuestro modo de producción capitalista, parte del presupuesto de una “subjetividad libre” que se desarrolla en un mundo “descriptible” u objetivo.

Pero el lingüisticismo, como cualquier variante ideológica, nunca es pura y convive con otros productos, igualmente surgidos de la misma ideología dominante, más o menos compatibles, más o menos enfrentados entre sí (cfr. García, 2016, p. 3). Aquí vamos a insistir en que tanto el consenso como el debate se mantienen sobre la base de un mismo presupuesto inamovible en las relaciones sociales mercantiles: el “sujeto libre”. A eso nos referimos al decir que las variantes teóricas surgen de la misma problemática ideológica real/material. Y es que, a mediados del siglo XX, dicha ideología tiene dos frentes abiertos: el de “la pesadilla del yo” (algo hecho explícito por el llamado “existencialismo”) y el de “la rebelión de las masas” (la tensión pública o política que va del estallido de la Revolución Rusa de 1917 hasta el Mayo del 68 y, posteriormente, a la serie colectivismos de carácter “civil” que han seguido aflorado en Occidente y, más recientemente, en Oriente Medio). Por supuesto, el modo de resolver la primera cuestión subjetiva no ha consistido tanto en dar con una “teoría”, una “filosofía” o una “poética” concretas como en que todas ellas, por “revolucionarias” que hayan sido, se desvinculasen de la idea de una radical historicidad configuradora del “yo” (Rodríguez, 2016); se trata, en definitiva, de descartar sistemáticamente la idea de que haya un sentido concreto en el que se dice “yo soy” en cada coyuntura social/material (Rodríguez, 2017). Desde el psicocognitismo, por ejemplo, ese “yo soy” presupone una configuración de carácter inmanente/constructivo; algo que el “giro social”, simplemente considerará *a priori* en el proceso de construcción (Cassany, 1999), ya que este se llevará a cabo por parte del individuo desde su propia autonomía realizada en contextos/medios de “interacción” o “cognición situada” (Aliagas, Castellà y Cassany, 2009: 99). El cognitivismo, sin embargo, surge como derivación del ideal de objetividad fenomenológica, el de un individuo cuya mente se basta en tanto que microcosmos de toda la sociedad. Esta visión fenomenológica ha sido la dominante en el último siglo, desde el cual se logró -durante un tiempo- explicar lo social como la fuerza ciega de las individualidades enajenadas o lúcidas (estas, se supone, eran las menos) respecto de su centro perceptivo libre (el perspectivismo de Husserl y Ortega y Gasset, la *Gestalt*, etc.). Su proceder ha sido el de tematizar teóricamente al sujeto mediante el recurso a una serie de conocidas categorías trascendentales (percepción, memoria, aprendizaje, razonamiento o procesamiento, esquema mental, etc.) extensibles, efectivamente, a cualquier persona y a cualquier época (Rodríguez 2015b). Y he ahí la clave tácita: para el cognitivismo, esas categorías son, objetivamente, el “sujeto psicológico”; lo demás, su resto inasible/íntimo, su expresividad, experiencia personal, así como su malestar o bienestar en la cultura, etc., son el contenido privado de su identidad o idiosincrasia, es decir, lo trascendental del sujeto.

³ Es clave entender la lógica del discurso en su “partir” del “inconsciente ideológico” de unas relaciones sociales concretas para “retornar” (ya tematizado e institucionalizado) a la misma “matriz ideológica” de ese mismo inconsciente ideológico. El matiz es importante, pues se suele colocar la sistematización (teórica) en primera instancia de la «producción ideológica» (Rodríguez 2001: p. 19).

A continuación, vamos a ver más en detalle cómo, en este sentido de la reproducción del “yo soy (sujeto libre)” en el que se basa la noción más básica de “interpelación” en nuestras relaciones sociales, el “giro social” logra una mayor sintonía, es decir, una mayor legitimidad, con respecto a las necesidades materiales generadas por la actual coyuntura histórica. En concreto, el “giro social” viene a representar esa posibilidad o ideal educativo (re)constructivo, y por tanto, connotativo de ese carácter “potencial”, incluso utópico, en tanto que capaz de desplegar sus “activos” individuales/colectivos en un mundo que se reconoce, de antemano, como “mediatizado” socialmente y “estancado” educativamente (cfr. Trujillo 2018). El cognitivismo, por su parte, se ha resentido de su falta de implicaciones didácticas concretas, y más allá de la ingente “producción científica” y el aluvión de datos estadísticos sobre “comportamiento” o “rendimiento intelectual”, parece que encuentra su aplicación más clara en la neurociencia y la ingeniería de sistemas informáticos (cfr. Tudela, 2004). Sin embargo, el cognitivismo resiste (y no solo en la sombra) a pesar de su actual proceso de revisión (cfr. Bruner, 1990; Pinker, 2017): casos como el del popular polemista Jordan Peterson y su defensa de la noción de jerarquía social, amparada en la supuesta armonía del mundo animal/natural, donde las capacidades cognitivas de cada individuo pueden y deben suponer la relación entre éxito y fracaso; y en absoluto está descartado como base epistemológica para el cada vez más concreto escenario de “colonización” por parte de la inteligencia artificial, también conocido como “singularidad” (Marcus, 2020).

2. EL “GIRO SOCIAL” Y LOS NUEVOS ESTUDIOS DE LITERACIDAD

De ahí que, todavía hoy, la necesidad de reexaminar los conceptos clave de cultura e identidad se identifique con una supuesta remoción del “paradigma de investigación” didáctica: esto es lo que se plantea en el seno de los llamados Nuevos Estudios de Literacidad (desde ahora NEL), inscritos en la corriente de investigación del “giro social” (Aliagas, Castellà y Cassany, 2009). Dichos estudios otorgan significación cultural/identitaria a las distintas prácticas sociales realizadas desde todo tipo de usos comunicativos del lenguaje, tomando así la sociedad como una gran “ecología” discursiva en la que lo interior (la identidad) iría tomando forma propia a través de la “participación” en el “medio discursivo” exterior (la cultura/sociedad). Esto sería perfectamente compatible con dicha *subjetividad libre* estructural a nivel ideológico, en tanto que el nuevo modelo identitario sería aquí el de una *participación posesiva* desde lo lingüístico/comunicativo, concebido esto último como el reducto de *autonomía* de cada sujeto, lo que esta nueva escuela investigadora denomina “prácticas vernáculas” de comunicación: aquellas que hasta ahora habían sido desprestigiadas y por tanto eran susceptibles de verse reconducidas hacia lo dominante/institucional o “canónico”. Ante esto, los NEL proponen dotar de autonomía al individuo, aportándole consciencia sobre sus propias “destrezas”, “estrategias” y vías de “acceso” al desarrollo de su propia “literacidad crítica” “multimodal” (Street, 2003; Rowsell, J., y Pahl, K., 2015). Vemos aquí a ese sujeto en su estado, digamos del “buen salvaje”, tal como es retratado en el siguiente fragmento extraído de un “estudio de caso”:

Las prácticas lectoras vernáculas descritas ponen de manifiesto que Arnau había desarrollado una identidad lectora, pero de textos vernáculos. Estas prácticas letradas

eran actos de literacidad que Arnau lograba traducir en experiencia, al contribuir al desarrollo de su vida interior y social. Aunque ocurrían al margen del canon, no eran independientes de muchas de las convenciones canónicas sobre lo letrado: simplemente eran más libres. Es importante destacar que, de alguna manera, estas prácticas letradas vernáculas constituyen un camino alternativo de acercamiento y apropiación de formas de cultura dominante en su contexto personal. Por ejemplo, la práctica vernácula de lectura de resúmenes de obras literarias que Arnau busca en la red le sirve de soporte para abordar la práctica dominante de lectura de textos literarios en la escuela; la escritura de poesías cuando se siente enamorado le lleva a reflexionar sobre el acto poético, a adoptar el rol de un poeta y a producir textos que para él son poéticos. (Aliagas, Castellà y Cassany, 2009, pp. 110-111)

El caso de este adolescente con dificultades para la lectura estructurada (académica), que ha desarrollado, sin embargo, su propia “identidad lectora”, es decir, sus propias estrategias de información y socialización, nos muestra cómo en el “enfoque social” de los NEL se hace hincapié en el proceso de construcción de un “yo libre” que, a pesar de estar determinado por un sistema educativo “canónico”, se apropia de la cultura a través de su “experiencia” (algo así como su *literacidad espontánea*). Se trata, por tanto: a) de un proceso dirigido desde un supuesto núcleo libre del sujeto; y b) de una concepción de la “práctica letrada” como actividad esencialmente *variable* llevada a cabo por un sujeto naturalmente *múltiple*⁴; algo mucho más afín al ideal de “diversidad cultural” que hoy se presupone, paradójicamente -y más que nunca-, en un mundo caracterizado por la misma homogeneidad que lleva a los NEL a hablar de la necesidad de “literacidad crítica” (cfr. Zhang y Cassany, 2016). Vemos, por tanto, cómo, en definitiva, este nuevo enfoque “social” se adapta perfectamente al ideal de “autonomía” y “reinvención” que hoy resuena con tanta fuerza en nuestra coyuntura histórica (cfr. Alsowat, 2017). Frente al enfoque centrado en la “comunicación” como una serie de procesos cognitivos en los cuales lo cultural e identitario nos determinan, en los NEL dichos factores quedan relegados al estatuto de “variables sociológicas” que enmarcan/rodean el proceso de autoconstrucción/realización. La cultura y la identidad determinan relativamente al sujeto *intensivo* del cognitivismo, ya que sus categorías internas (las conocidas tipologías de “estilos de aprendizaje” o sus “componentes” afectivo, motivacional, estratégico, efecto de la lengua nativa, cultural, etc.) no son sumativas, salvo desde la apertura de un enfoque pragmático como los NEL; como tampoco lo son en principio, en la teoría cognitiva, los procesos de “aprendizaje” y “adquisición”, considerados más bien en paralelo en un contexto de enseñanza más o menos formal (Krashen, 1982); se trata, por tanto, de conceptos que apuntan inevitablemente a la idea de “rendimiento cognoscitivo” que hoy se pretende evitar en favor de las de “realización/(re)construcción personal”, etc.

Lo que tratamos de decir es que el “giro social” en el fondo nos interpela como sujetos históricos cuya variabilidad o disparidad transcribe la norma productiva actual mucho mejor que el cognitivismo a secas: este nos determina demasiado, aquel nos “construye”, nos “reinventa” y, por tanto, nos cualifica de una forma mucho más flexible que el cognitivismo ante

⁴Nos referimos no solo a la tematización teórica sobre las “inteligencias múltiples” (Gardner y Nogués, 1995), sino a todo el discurso sobre “destrezas”, “competencias”, “saberes”, etc., tal como cristalizan, por ejemplo, en el MCERL (2002).

la incertidumbre de lo que puede significar esa existencia “multifacética”; de ahí también la insistencia en el concepto de “práctica” (cfr. Cassany, Sala y Herández, 2008), que, lejos de significar ‘objetividad material de cualquier actividad legítima en relación con el modo de producción en el que acontece’, designa más bien la idea de cada una de las ‘modalidades participativas del sujeto/agente en relación con su sistema social/cultural’, donde la noción de “agente” que pone en movimiento al “sistema” está concebida, en última instancia, *sub specie aeternitatis*: “A man for all seasons”, es decir, como sujeto *extensivo* (Cassany, 2016). Las prácticas vernáculas serían, para los NEL, aquellas que constituyen ese tejido dialógico entre el individuo (la Naturaleza Humana eterna) y la sociedad (lo sistemático/cambiante). Eso es hoy lo productivo: la adaptabilidad, el “*just do it*” con que se pretende trascender los límites que -supuestamente- solo uno mismo se establece en la era del “emprendimiento”. Esto nos lleva a afirmar que no estamos tanto ante un mero cambio de paradigma epistemológico como ante la reestructuración de la problemática de ese sujeto forjado al calor de las relaciones sociales del momento y su problemática histórica concreta, y que aún así responde al imperativo de su supuesta libertad (sobre todo, interior). En este sentido, el “giro social” logra transformar el problema de la inestabilidad laboral en un problema de falta de comunicación/interacción constructiva.

En este sentido, a pesar de haber puesto el acento en la observación (pretendidamente exenta de prejuicios) de la “realidad práctica” más que en el “método”, el “giro social” no desestima sus propias “implicaciones didácticas” ni la idea de presentar una solución/aplicación metodológica de mayor trascendencia (incluso de mayor utilidad práctica) que la de su predecesor, el cognitivismo. Este, por lo demás, nunca ha significado *todo lo deseado* a nivel metodológico, por ejemplo, en nuestra Didáctica de la Lengua: la aludida realidad práctica muestra que el aprendizaje de idiomas ha venido incrementándose en los últimos treinta años, no tanto por el “método comunicativo” (tan deudor de las teorías cognitivas y el mentalismo de Chomsky) como, de hecho, por la mayor relevancia de las lenguas extranjeras en los planes de estudio, el incremento de las actividades extraescolares y la consiguiente proliferación de academias de idiomas (aparte el boom de los “veranos de intercambio”), etc.; algo potenciado por la llegada de las “tecnologías de la información” y la “comunicación de masas”, que multiplicaron enormemente tanto la cantidad y variedad del “material” didáctico como la posibilidad de “acceso” a él, sobre todo, en el tanpreciado formato audiovisual (en cualquier variedad de lengua extranjera o segunda lengua), etc. A esto, pronto se le vino a sumar el acusado carácter “interactivo” de las nuevas tecnologías, algo que invitaba a examinar el cognitivismo imperante en la especulación teórica sobre la comunicación y su didáctica. Es en esta situación de sobreabundancia comunicativa en la que hoy lo cultural cobra una especial significación como algo intercambiable y, por tanto, no es de extrañar que el “interaccionismo” que aletea en el “giro social” sea justamente elevado, al menos, a la candidatura de “nuevo paradigma”.

Nuestro análisis, no obstante, más que a la cuestión epistemológica, pretende apuntar al *sentido* del consenso establecido en cualquier caso en torno a las nociones de “individuo”, “sociedad”, “comunicación”, “cultura”, etc. Resaltar, en definitiva, su papel en la construcción de sentidos que informan en cada momento la “relación imaginaria de los individuos con sus condiciones materiales de existencia”, es decir, aquello que, desmarcándonos de visiones supuestamente más objetivas, llamamos “ideología dominante”.

3. EL PROBLEMA DE LA ORALIDAD Y LA ESCRITURA PARA EL “GIRO SOCIAL”

Para la ideología dominante, la lengua es un contenedor y a la vez un ventilador cultural: en el uso de la oralidad y la escritura comparecerían las llamadas creencias, actitudes, tradiciones, conocimientos y presupuestos inconscientes de nuestra sociedad; por supuesto, aquí se incluyen los prejuicios más o menos generalizados, así como las distintas reacciones (ya sean tímidas, genuinas o interesadas) a favor o en contra de aquello que, en ocasiones, es motivo (aunque no necesariamente la causa real de fondo) de la discriminación, las injusticias y la violencia⁵. Oralidad y escritura serían, por tanto, dos *formas* de producirse la “interacción cultural” entre los individuos y, por tanto, dos vías de construcción del propio “yo”, o aquello que llamamos “identidad” en una determinada cultura.

Desde el cognitivismo oficial (MCERL 2002), es comúnmente aceptado que el paso de la oralidad a la escritura y viceversa, supondría nada más que la activación o desactivación de “destrezas” comunes o específicas de una u otra “modalidad de comunicación”. Asimismo, el uso de las “convenciones” discursivas que, en el caso de la escritura, van desde lo ortográfico (exclusivo de la escritura) a lo retórico (algo que en la escritura adquiere una mayor complejidad al tener que “crearse su propio contexto”), habrían hecho de la lectura y la escritura una “forma de comunicación” especialmente determinante *a nivel cultural*⁶, no solo en lo que se refiere al “acceso a la cultura” letrada y libresca, sino en lo que se refiere al dominio efectivo de los distintos “canales” de comunicación escrita, mediante los cuales los individuos se reafirmarían en la cotidianidad participativa de la sociedad, más que en su reproducción material/ideológica concreta. Así, los “medios de comunicación”, como la correspondencia, la prensa, lo audiovisual, serían más determinantes que el sentido concreto que rige en los discursos tanto privados (tanto el literario como el familiar/intimo) como públicos (el político, el mercantil, el jurídico, el burocrático, etc.).

A esto, hay que sumarle el hecho de que, en los últimos diez años, se viene dando, cada vez más, una situación que reviste nueva complejidad: la lectura y la escritura, que ya se habían universalizado gracias a los astronómicos niveles de alfabetización respecto de épocas pasadas, cobran ahora nuevos usos y formas mediante las nuevas tecnologías de la comunicación, pues estas habrían logrado conjugar la oralidad y la escritura como nunca antes; y ello al servicio del imperio de la imagen digital y la potenciación ubicua de la comunicación audiovisual. Esto, unido a la aceleración desorbitada de la reproducción y circulación digital de la “información”, habría resultado en una sobreabundancia de mensajes, lo que Daniel Cassany (2011) y otros llaman “basura textual”. Hoy, por tanto, existiría una miríada de retóricas y convenciones configuradoras de todos estos nuevos tipos de escri-

⁵ A partir del asesinato de George Floyd en Mineápolis en mayo de 2020, el movimiento Black Lives Matter ha instado a la sociedad estadounidense (haciendo extensivo el imperativo a todo el mundo) a “educarse” en todo aquello que históricamente ha supuesto y sigue permitiendo el racismo, ya sea este intencionado o inconsciente. Que de esta “educación” surjan nuevos prejuicios o malentendidos es un tema muy interesante para el que aquí no disponemos de espacio suficiente, aunque sí vamos a apuntar la base o terreno ideológico sobre el que se da toda esta problemática identitaria (intersubjetiva) de carácter privado/público que hoy presenta tales signos contradictorios y, por tanto, conflictivos.

⁶ La teoría sobre el “logocentrismo”, de Derrida (1978; 1986), por ejemplo, supone la crítica más conspicua al respecto. En ella se hace mucho hincapié en la prevalencia cultural de lo escrito a costa de otras posibilidades vehiculadas por lo oral y por tanto culturalmente cercenadas, etc.

tura, cuyo contexto productivo ya no lo generaría tanto el individuo que escribe como la comunidad que lo recibe en un formato homogéneo (la pantalla plana), generando con ello un discurso mucho más susceptible de ser “mal leído” (*missread*) por un público, además, extremadamente reactivo, que produce y -sobre todo- reproduce textos cotidianamente. Ello sin contar con el famoso algoritmo diabólico que pone en contacto a los individuos más polémicos favoreciendo así la generalización del clima hostil que caracteriza a “las redes”, las cuales a su vez nos monetizan, etc. (Lanier, 2011).

Con todo, tanto si se pone el acento en lo cognitivo (la lectura y la escritura como una serie de procesos mentales) como si se pone en la “práctica social” y sus distintos “medios”, el consenso dentro de la “comunidad científica” seguirá siendo el generado en torno a los conceptos de *lenguaje* y *comunicación*, y, por tanto, el de considerar la oralidad y la escritura como un conjunto de “prácticas extensivas” (Cassany, 2016) de la cualidad humana por excelencia: la “posesión de la palabra” (cfr. Rodríguez, 1994, pp. 21-22). O lo que es lo mismo, la ideología dominante continuará adaptando la relación imaginaria de los individuos con la necesidad material de la cualificación del trabajo a través de la trascendencia del medio escrito; es decir, procurando que el discurso sobre la lectura adquiera un carácter trascendente a su historicidad real discursiva. A continuación, vemos cómo la noción de *apertura* hacia formas menos prescriptivas o culturalistas propias del sujeto positivista/estructural, hoy ya desfasado, logra conjurar la idea de un sentido (histórico) dominante en la cultura leída:

...la pugna entre un discurso escolar sobre la lectura, basado en una lectura intensiva, prescriptiva y guiada hacia una mayor profundidad interpretativa o erudita, y un discurso moderno de la lectura como práctica extensiva, libre y según las distintas finalidades de cada ciudadano. (Colomer, 2004, p.11)

En el fondo, en el llamado “giro social” no ha dejado nunca de latir el mismo lingüisticismo que en el cognitivismo, no solo por la evidente relación que hay entre el “yo libre” y la comunicación, sino porque, en la noción de lenguaje se atrinchera la lógica interior/exterior, tan eficaz a la hora de preservar la idea de un sujeto libre al margen de su radical historicidad. Esto lo logrará, como ninguna otra ciencia humana, la lingüística. Veamos cómo.

4. EL LINGÜISTICISMO COMO BASE IDEOLÓGICA EN EL “GIRO SOCIAL”: LA LÓGICA INTERIOR/EXTERIOR

Llegados a este punto, podemos replantear nuestra pregunta inicial sobre si son lingüísticas la cultura y la identidad. Tras haber visto cómo el cognitivismo y el giro social están determinados (cada uno a su manera) por la ideología del “sujeto libre”, vamos a analizar ahora el cimiento ideológico sobre el que ambas corrientes establecen su consenso ideológico a pesar de diferir, a nivel teórico, sobre la naturaleza práctica o cognitiva de las nociones de *lenguaje* y *comunicación*.

En efecto, la ideología dominante requiere que la experiencia de la realidad práctica de los individuos sea vivida/expresada, en última instancia, por un *sujeto libre* trascendental.

Que, por el hecho de ser trascendental (es decir, de tener sentido más allá de la materialidad de la vida), el sujeto vive/expresa la realidad como un conjunto de “objetos/fenómenos” que bien pueden significar “hechos” internos/psicológicos o externos/sociales. Pero, el requerimiento tácito, por tanto, es el de que cualquier discurso (trate de lo que trate) presuponga la *subjetividad libre* del “individuo” al margen, o a pesar de, la *objetividad práctica* de la “sociedad”, es decir, que, en su exposición de las contradicciones al respecto de esta dualidad, el discurso ponga siempre el acento (ideológico/imaginario) en la presuposición del “sujeto trascendental” (ya sea este laico, religioso o espiritual/holístico, etc.).

Pues bien, en este sentido, el concepto de “lenguaje” ha sido clave en la especulación filosófica y -en general- humanística del último siglo y medio⁷. Así, el “giro lingüístico”, acontecido a mediados del XX, más que un cambio de paradigma epistemológico, lo que supone, en el fondo, es una reestructuración de la problemática ideológica del “sujeto”. Esta noción de sujeto trascendental (o universal) da síntomas de su propia “radical historicidad”, precisamente por estar constantemente borrándose del discurso. Así, cuando desde la “comunidad de expertos” se adopta el discurso de la *objetividad* para tratar cuestiones como el fenómeno de la “comunicación”, la “identidad” y la “cultura”, para lo cual se recurre, como hemos dicho ya, a las categorías trascendentales/universales: las formas, elementos, componentes, aspectos, etc. (cfr. Lessard-Clouston, 1997; Peterson y Coltrane, 2003). En este sentido, la lingüística logra efectuar el desplazamiento de la noción de sujeto trascendental hacia el interior de la problemática del “lenguaje”, donde la noción de *sistema* (la lengua) y la de *agente* (el hablante) suponen el escenario conceptual aséptico (esto es, a-histórico en el sentido de que incluso el enfoque “diacrónico” en lingüística trata de la evolución del sistema *en sí*, para el cual la materialidad social es una fuerza exterior/contextual que tan solo afecta a la forma y las funciones universales del objeto/lenguaje) en el que el agente o hablante puede poner en movimiento el sistema o ser en sí mismo el sistema (Rodríguez, 2001, pp. 61-127).

Si bien esta es la problemática general en la “ideología lingüística”, ello nos ha de llevar a concretar una serie de cuestiones clave en torno a los llamados “estados de la cuestión” cultural/identitaria en particular. Dos aclaraciones previas nos ayudarán a exponer nuestra conclusión al respecto. La primera, es sobre el concepto de “reproducción ideológica”; la segunda, sobre el concepto mismo de “ideología dominante”:

a) Como hemos empezado diciendo, el funcionamiento productivo de las relaciones sociales modernas, por conflictivo que resulte, lo logran los discursos mediante la constante puesta al día (inconsciente) de la ideología del “sujeto libre”. En este sentido, pues, hablamos de “reproducción ideológica”, para referirnos al hecho de que la totalidad de los discursos (aquí, en particular, el de la lingüística y su relación directa con la filosofía contemporánea) transcriben dicha problemática (subjetiva/objetiva) inconscientemente en sus tematizaciones teóricas; en este caso, mediante conceptos que recubren su fondo ideológico/material (esto es, su “radical historicidad”) al aludir, en cambio, al “en sí” de los fenómenos de los que

⁷ Si bien en la filosofía de las tres últimas décadas, Wittgenstein ha perdido peso frente a un retorno a una filosofía analítica más cientista y pragmatista al modo de Quine (Dall’Agnol, 2003: 77), el lingüisticismo ha calado en el inconsciente ideológico hasta el punto de que hoy las nociones de *comunicación* y *cultura* son palabras prácticamente sinónimas.

tratan, en tanto que entidades relativamente autónomas que llamamos “objetos de estudio”, por ejemplo: el lenguaje, la comunicación, el pensamiento, la cultura o la identidad, etc. Objetos todos que se presentan siempre en sus facetas o aspectos internos/externos.

De ahí que la reproducción ideológica del presupuesto principal (el de la condición eterna/trascendental de los sujetos libres) dependa en gran medida de la tematización teórica de los discursos formales/funcionales de carácter abstracto y sistemático, es decir, de las llamadas “teorías” filosóficas, lingüísticas, psicológicas, antropológicas, literarias, etc. Este es el problema de fondo (inconsciente) en las “ciencias humanas”: el estudio de los fenómenos en tanto que espejos en los que reflejar la objetividad a-histórica del sujeto. Desde su constitución, las ciencias humanas han supuesto el escenario discursivo seguro o puro (en sentido kantiano) en el que desplegar la aludida problemática social⁸: en ellas, todo aquello que entorpece la espontánea experiencia (inter)subjetiva de los individuos, es transcrito por nociones que borran su propia historicidad. Esto permite exponer las contradicciones de forma segura o, como hemos dicho, aséptica (toda vez que se hace abstracción de las condiciones materiales de explotación por las cuales las cuestiones subjetivas y objetivas resultan espontáneamente problemáticas), partiendo para ello siempre de la norma inconsciente del sujeto: la “ideología dominante”.

b) La “ideología dominante” es, por tanto, esa “Norma” que, consiste, por un lado, en la internalización y universalización de todo lo referente al individuo (presuponiendo el carácter autónomo/sustancial de cosas como la subjetividad, la personalidad, la identidad, la creatividad, el texto, la voz poética, etc.), y, por otro, en la externalización y universalización de sus relaciones sociales (presuponiendo el carácter accidental de la cultura, sociedad, medios, contexto, ideología (Apple, 2016), influencias, etc.). En definitiva, lo que aquí se dirime es la continuidad inconsciente de todo un modo de producción. De ahí que la lógica interior/exterior se aplique a todo aquello cuyo sentido sea susceptible de apuntar a las relaciones de producción como única razón de ser. Desde la “ideología dominante”, por lo tanto, la cultura es vista como un fenómeno cuyo “en sí” o “esencia” habría seguido -de nuevo- una línea evolutiva desde sus primeras manifestaciones primitivas, bien diversificándose y ramificándose, bien superponiéndose en estratos; pero, en todo caso, experimentando alteraciones y cambios debidos a fuerzas, influencias o condicionantes externos a la esencia misma de los “fenómenos culturales”, generando así un supuesto desarrollo desde la niñez hasta la madurez cultural, así como la idea de una adaptación de dicha esencia al medio histórico⁹.

Hoy, sin embargo, es sobre todo el desarrollo cultural letrado lo que haría madurar a la cultura, dándole así más capacidad de adaptación. Y aquí la lógica interno/externo no deja en absoluto de operar: en tanto que el consenso es el de que dicho desarrollo cultural posibilitado por la lectura y la escritura halla su justificación más elevada en la idea de que la

⁸ Al igual que en el feudalismo, la problemática social se desplegaba en el discurso de la escolástica, la épica y, en general, en boca de todo aquel que expresara su condición de *señor* o *siervo*, implícita o explícitamente.

⁹ Toda esta cuestión de la evolución cultural botánica/geológica (las ramificaciones de la cultura y sus estratos) llega tematizada desde Hegel y Kant a -por ejemplo- Jung, a quien le sirve para hablar de la “estructura del inconsciente” cuya configuración sería así algo ancestral. De ahí que su concepto de “inconsciente colectivo” no tenga nada que ver con nuestro “inconsciente ideológico”, ya que cuando Jung dice que el inconsciente no es solo personal, sino que es, a la vez, histórico, él se está refiriendo a la huella que la experiencia milenaria en el mundo ha dejado sobre el “inconsciente colectivo” de las personas, etc.

cultura letrada (y en concreto el contacto con la tradición escrita) favorece la comunicación efectiva, por un lado, de la tremenda complejidad interior/privada de cada individuo y, por otro, del bagaje de saberes exterior/público que hoy llamamos “conocimiento” y/o “civilización”. Un ideal que, desde el segundo Wittgenstein (ya que el primero, el del *Tractatus*, concluye que es mejor callar) a Habermas, no ha hecho sino afianzarse como verdad o lugar común en nuestro inconsciente ideológico (cfr. Chartier y Hébrard, 1994).

Pero, si ahondamos un poco más en la dicotomía interno/externo, que en absoluto es privativa de nuestra modernidad, nos daremos cuenta de que su sentido radicalmente histórico, es decir, el sentido que adquiere la realidad práctica sí lo es. Este sentido es el de una noción de *comunicación* cuyos límites (es decir, los de la “comunicación” como concepto) vienen establecidos de antemano por la dicotomía *privado/público*, la cual, al quedar perfectamente transcrita (es decir, descompuesta o diluida) en la dialéctica de lo *subjetivo/objetivo*, perderá por completo de vista su relación original con la política moderna (en concreto con el funcionamiento del Estado Moderno). Esto será clave, muchos años después del inicio de aquella entre los siglos XIV y XVI, en la aparición misma de la noción de “comunicación”, la cual pasará a ser tomada desde el primer momento, sustancialmente, como fenómeno en sí; al igual que la dicotomía *privado/público*, que -aquí sí- será identificada por la ideología dominante, exclusivamente, con lo político.

En resumidas cuentas, el sentido del discurso en general no se identificará nunca con el tipo concreto de formación social (en este caso la capitalista) del que surge como ideología que reproduce, legitimándolo, al sistema. Es decir, el discurso nunca se relacionará críticamente con la propia ideología que lo determina.

5. EL COMPONENTE IDEOLÓGICO EN EL “GIRO SOCIAL”

Así pues, vemos cómo el concepto de “comunicación” es la clave que afianza la condición paradigmática del lenguaje en las ciencias humanas/sociales actuales, precisamente porque en ellas se establece a diario la ahistoricidad de la relación individuo/sociedad. Mantener esto es lo realmente problemático y aquello a lo que se aplica inconscientemente el discurso teórico. Gracias a la noción de comunicación, queda presupuesto, todavía más, el valor universal y transhistórico del sujeto y *su* práctica lingüística.

En este sentido estricto es en el que —como dijimos al principio— se reestructura la problemática del sujeto a mediados del siglo XX. No obstante, es cierto que en nuestros días, el “componente ideológico” resurge cada vez más como elemento contradictorio y problemático en la teoría de la comunicación en general y en la didáctica de la lengua y la literatura en particular; pero solo en la medida en que la ideología dominante considera dicho componente como algo externo/mediatizador de lo que de otro modo sería comunicación pura. Así, el valor social de ambas cosas, *sujeto lingüístico* y *hecho comunicativo*, solo se considerará ideológico al identificarse algún tipo de “intencionalidad política” o “sectorial”, cualquier “sesgo” reconocible tanto en la *producción* como en la *recepción* del mensaje:

Así, la narrativa juvenil vasca dejó de lado el carácter ideológico que prevaleció hasta mediados del siglo XX y construyó una escritura que aborda la vivencia de seres híbridos que son los emigrantes, personas que “construyen y negocian sus identidades en un entorno multicultural y multilingüe” (Oliveira, 2014, p. 185)

Como vemos, la consideración de la realidad ideológica del sujeto, es decir, del sentido radicalmente histórico que el sujeto tiene como noción legitimadora de un tipo de relaciones sociales y su modo de producción, no existe en la concepción fenomenológica de la comunicación, donde la capacidad de “construcción” y “negociación” de los significados trasciende -como venimos indicando- la objetividad histórica/material de su práctica; así, solo existe construcción/negociación ideológica cuando asoma el signo político, moral, religioso, tendencioso, etc. Más aún, si hoy dicha *construcción* y *negociación* se produce en términos de *multiculturalidad* y *multilingüismo*, el sentido pasará a ser relativo al intercambio comunicativo entre “tradiciones culturales”, “creencias”, “actitudes” e “identidades” de cada “participante” en la comunicación y, por lo tanto, algo ajeno a la historicidad material concreta en la que se participa desde las respectivas culturas y lenguas maternas, segundas lenguas, etc. (cfr. Trujillo, 2006). Lo que nosotros queremos resaltar aquí es precisamente el carácter ideológico de esta concepción de la construcción y negociación del *sentido* más que del *significado*. No en vano hoy se habla de un resurgir de las ideologías (que supuestamente habían muerto hace veinte o treinta años), dado el actual clima de polarización existente en el discurso político. Una idea que viene a despejar, todavía más, la idea/presupuesto de la libertad del sujeto supuestamente neutral ideológicamente, etc.

6. CONCLUSIÓN

Frente al carácter prevalentemente mentalista/innatista del cognitivismo, el llamado “giro social” acusa una lectura foucaultiana del fenómeno educativo (en concreto, a propósito del área de lengua y comunicación), es decir, aquella que asume como imperativo teórico la posibilidad romper con el *status quo* mediante la búsqueda del autogobierno a nivel subjetivo, para lo cual se aplica la sospecha crítica a todo aquello que, desde tal perspectiva, supone una manipulación objetiva de los medios de información y comunicación (por parte del “poder” o los “grandes intereses”) que habrían contribuido hasta ahora a crear una serie de prejuicios contra todo aquello que cae fuera de lo oficial, institucional o prestigioso. Este sentido común prejuicioso se habría estado normalizando a través de los “dispositivos” de control o arquitectura social (cfr. Foucault, 2005; Agamben, 2011) que el “giro social” simplemente propone; por otro lado, el “interaccionismo vigotskiano” en el sentido de trabajar con una noción del concepto de sujeto lector/escritor que se construye a sí mismo/a mediante sus técnicas de interacción en el medio discursivo, en el sentido de saber guiarse (con “literacidad crítica”), por un determinado itinerario libremente escogido, entre las distintas prácticas letradas. Así pues, esta supuesta relación consciente con los distintos tipos de dispositivos que constituyen los medios de nuestras prácticas letradas cotidianas, según el giro social, debe comenzar por discernir entre lo vernáculo y lo institucional, para así llegar, supuestamente, a un uso y por tanto a una interacción crítica, *id est*, respetuosa con la autenticidad significativa del sujeto comunicativo. En concreto, en los NEL, prevalece la idea de un sujeto que, o bien se construye libremente o bien es irremediamente construido.

Nuestro matiz al respecto consiste en reconocer la historicidad del concepto de “identidad lectora” como uno más de los productos discursivos generados por la matriz ideológica de nuestro modo de producción: la noción de “sujeto libre” propia de la modernidad. En concreto, la ideología del sujeto libre en tanto que propia de las relaciones sociales moder-

nas, determina el sentido de toda lectura y toda escritura en nuestros días (dese lo artístico a lo burocrático; desde Homero¹⁰ al BOE). Y lo mismo que, en la llamada posmodernidad (ya sea el posestructuralismo de la “deconstrucción” o la actual especulación sobre “biopolítica” y la liberación de los cuerpos, la “performatividad”, etc.; es decir, la actual lucha -en el fondo- por libertades subjetivas más que materiales; una lucha librada en el terreno discursivo y por tanto continuadora del “giro lingüístico”, como podemos observar en las pugnas terminológicas y la corrección política exacerbada de hoy en día) no es más que el límite (lógico, por otro lado) de dicha ideología (Aparicio 2018b).

Pero, no se nos malinterprete: ser más o menos consciente de cosas como la “subjetividad”, la “objetividad”, el “sesgo ideológico” o las “referencias culturales” (“vernáculos” o “dominantes”) de un determinado mensaje es absolutamente necesario, pero ese tipo de “literacidad crítica” no es óbice para que, una vez reconocida la especie comunicativa (el mensaje y su contenido implícito) el propio inconsciente ideológico siga ofreciendo una lectura ideológica: como mínimo la de la supuesta lectura libre, transparente o directa que se le supone al lector informado (o incluso al primerizo) de una gran obra literaria, etc. Reconocer que esto (este tipo de idea sobre la lectura y la escritura) tiene su origen en el tipo de relaciones sociales que rigen (porque son productivas) hoy día es algo menos evidente, y por ello mismo hemos tratado de ponerlo de relieve aquí: el hecho de que leemos siempre según la necesidad de legitimación (personal y social, indistintamente) de cada momento.

Desde el “giro social”, en cambio, se distingue entre prácticas letradas “dominantes” y “vernáculos”, proponiendo que estas últimas son las prácticas de lectura y escritura transparente y directa (con respecto al sujeto lector que las elige voluntariamente); es decir, prácticas -supuestamente- libres, auténticas y, por tanto, susceptibles de acarrearles desprestigio a sus “participantes”, y, por tanto, también, sus propios prejuicios sobre sí mismos. Por otro lado, aunque se reconoce un componente de interacción social como parte de esa construcción subjetiva de cada lector/escritor, los NEL hablan de “identidad lectora”, por un lado, y de identidad “cognitiva, emocional y social” (Aliagas, Lidon y Cassany, 2009, p. 99; Gee, 2005), por otro. El componente ideológico queda aquí, por tanto, relegado a la categoría de obstáculo (exterior/interior) salvable en virtud de una “literacidad crítica” que -se supone- operaría en una especie de espacio en blanco, puro y objetivo: libre de prejuicios o presión institucional. Vista así, la ideología sería un simple elemento contextual que afectaría al valor mensaje, y -solo- a los emisores y destinatarios descentrados; esto es, a aquellos que siguen alienados respecto de su centro subjetivo auténtico. Esta idea de “sujeto libre” que se estaría dejando llevar por la corriente o que, por el contrario, sería capaz de construirse a sí mismo es, para nosotros, lo que el “giro social” no acierta a ver como lo ideológico general. Y es precisamente la ideología en general lo que nos determina socialmente a todos en nuestras prácticas discursivas cotidianas, independientemente del color político de cada uno/a.

¹⁰ Y reconocer que la “literatura clásica” formaba parte de una lógica discursiva radicalmente distinta a la del “sujeto libre” (como pretenden la mayoría de lecturas de hoy, que dicen “revisitar” a los clásicos para revelar su “actualidad” (?), su supuesta “universalidad” temática, etc.) es algo, en nuestra opinión, mucho más esclarecedor del eterno debate sobre “qué es literatura” que comprobar a ciencia cierta si hubo uno o muchos Homeros, etc. Entre otras cosas, porque la noción de *autor* que se expresa a *sí mismo* y a *su mundo* a través de su obra es, también, una cuestión radicalmente histórica que tiene todo que ver con la noción de “sujeto libre” de la que venimos hablando aquí desde el principio (Rodríguez 2017).

7. BIBLIOGRAFÍA

- Aparicio Durán, P. (2018a). Ideología y competencia comunicativa: fundamentos epistemológicos para la enseñanza de la lengua y la literatura. *Ideología y competencia comunicativa*, 1-224.
- Aparicio Durán, P. (2018b). Bases ideológicas del discurso (pos) moderno. Para leer el porvenir de la poesía. In *Nuevas poéticas y redes sociales: Joven poesía española en la era digital* (pp. 101-112). Siglo XXI de España.
- Agamben, G. (2011). ¿Qué es un dispositivo?. *Sociológica (México)*, 26(73), 249-264.
- Aliagas, C., Lidon, J. M. C., y Cassany, D. (2009). “Aunque lea poco, yo sé que soy listo”. Estudio de caso sobre un adolescente que no lee literatura. *Ocnos: Revista de estudios sobre lectura*, (5), 97-112.
- Alsowat, H. H. (2017). Breaking down the Classroom Walls: Augmented Reality Effect on EFL Reading Comprehension, Self-Efficacy, Autonomy and Attitudes. *Studies in English Language Teaching*, 5(1).
- Apple, M. (2016). *Ideología y currículo* (Vol. 101). Madrid: Ediciones Akal.
- Brown, H. D. (2000). *Principles of Language Learning and Teaching*, NY: Longman.
- Bruner, J. S., & Bruner, U. P. J. (1990). *Acts of meaning*. Cambridge: Harvard University Press.
- Cassany, D. (1999). *Construir la escritura*, Barcelona: Paidós
- Cassany, D., Sala, J., y Hernández, C. (2008, July). Escribir al margen de la ley: prácticas letradas vernáculas de adolescentes catalanes. In *8º Congreso de Lingüística General*.
- Cassany, D. (2011). Después de Internet.... *Textos de didáctica de la lengua y la literatura*, (57), 12-22.
- Cassany, D. (2016). La escritura extensiva. La enseñanza de la expresión escrita en secundaria. *Enunciación*, 21(1), 91-106.
- Chartier, A. M. y J. Hébrard (1994) *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*. Gedisa.
- Colomer, T. (2004). ¿Quién promociona la lectura?, *Lectura y vida*, 1, 6-15.
- Consejo, D. E. (2002). Marco Común Europeo de Referencia para las Lenguas (MCERL)(en línea). Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- Dall’Agnol, D. (2003). Quine or wittgenstein: the end of analytic philosophi. *Principia: an international journal of epistemology*, 7(1-2), 75-91.
- Derrida, J. (1978). *De la gramatología*. Siglo XXI.
- Derrida, J. (1986). Jacques Derrida: leer lo ilegible. *Revista de occidente*, (62-63), 160-182.
- Eilenberger, W. (2019). *Tiempo de magos. La gran década de la filosofía 1919-1929*. Taurus
- Gardner, H., y Nogués, M. T. M. (1995). *Inteligencias múltiples: la teoría en la práctica* (Vol. 29). Barcelona: Paidós.
- García, M. Á. (2016). Soledades marxistas. Teoría, literatura e historia en Juan Carlos Rodríguez. *Revista Álabe*, Nº 13, [www.revistaalabe.com] DOI: 10.15645/Alabe.2016. 13.12
- Gee, J. P. (2005). The new literacy studies: From ‘socially situated’ to the work. *Situated literacies: Reading and writing in context*, 2, 177-194.
- Heidari, A., Ketabi, S., & Zonoobi, R. (2014). The role of culture through the eyes of different approaches to and methods of foreign language teaching. *Journal of Intercultural Communication*, 34(6).
- Hymes, D. (1972). On Communicative Competence In Pride, J. B. & Holmes, J. (Eds.) *Socio-linguistics*. Harmondsworth, UK: Penguin Books.
- Lanier, J. (2011). You Are Not a Gadget: A Manifesto (Reprint Edition). *Vintage, New York*.
- Lessard-Clouston, M. (1997). Towards an Understanding of Culture in L2/FL Education. Available from <http://www.aitech.ac.jp/~iteslj/>.

- Marcus, G. (2020). The next decade in ai: four steps towards robust artificial intelligence. *arXiv preprint arXiv:2002.06177*.
- Palmer, Ítaca (2020). Reseña: Aparicio Durán, P. (2018). *Ideología y competencia comunicativa: fundamentos epistemológicos para la enseñanza de la lengua y la literatura*, Visor, 1-224. En *Poéticas: Revista de Estudios Literarios*, Nº. 10, págs. 95-102.
- Peterson, E. & Coltrane, B. (2003). Culture in Second Language Teaching. Available from <http://www.cal.org/resources/Digest/0309peterson.html>.
- Pinker, Steven (12 October 2011). "The Cognitive Revolution". *Harvard Gazette*. Retrieved 19 April 2020.
- Rodríguez, J. C. (1994). *Lorca y el sentido. Un inconsciente para una historia*. Akal.
- Rodríguez, J. C. (2001). *La Norma literaria*. Debate.
- Rodríguez, J. C. (2015a). «Algunas notas de lectura para Freud después de la Primera Guerra Mundial». *Álabe 12* [www.revistaalabe.com] DOI: 10.15645/Alabe.2015. 12.10
- Rodríguez, J. C. (2015b). *Para una teoría de la literatura: (40 años de Historia)*. Marcial Pons.
- Rodríguez, J. C. (2016). La poesía y la sílaba del no (Notas para la aproximación a "la otra sentimentalidad" y a la poética de la experiencia), en Sánchez García, Remedios (ed.), *Palara heredada en el tiempo. Tendencias y estéticas en la poesía española contemporánea (1980-2015)*. Akal.
- Rodríguez, J. C. (2017). *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas*. Akal.
- Rowell, J., & Pahl, K. (Eds.). (2015). *The Routledge handbook of literacy studies*. Routledge.
- Street, B. (2003). What's "new" in New Literacy Studies? Critical approaches to literacy in theory and practice. *Current issues in comparative education*, 5(2), 77-91.
- Trujillo Sáez, F. (2006). *Cultura, comunicación y lenguaje: reflexiones para la enseñanza de la lengua en contextos multiculturales*, Churriana de la Vega (Granada): Mágina.
- Trujillo Sáez, F. (2018). *Activos de aprendizaje: Utopías educativas en construcción*. PPC Editorial (SM).
- Tudela, P. (2004). Cognitivism, *Encyclopedia of Applied Psychology*, (pp. 393-401).
- Wierzbicka, A. (1986). Does language reflect culture? Evidence from Australian English *Language in Society*, 15, 349-373.
- Zhang, L. T., y Cassany, D. (2019). El fenómeno «danmu» y la participación mediática: Comprensión intercultural y aprendizaje de lenguas a través de «El Ministerio del Tiempo». *Comunicar: Revista Científica de Comunicación y Educación*, 27(58), 19-29.